

El antiguo convento de la Trinidad y el Santísimo Cristo de Burgos

(Continuación).

El milagro del derrame de las Santas Gotas

Acaeció este portentoso y ejemplar sucedido en 1366, con ocasión del derribo decretado por el rey Don Pedro I el Cruel, del primitivo monasterio fundado y erigido por San Juan de Mata. Una piadosa y secular tradición, recogida y divulgada por los principales analistas Trinitarios, nos relata el milagroso acontecimiento en la siguiente forma:

«Era por los años 1366 cuando reinaba en Castilla Don Pedro I llamado por unos El Cruel y por otros El Justiciero. Su hermano natural Don Enrique, Conde de Trastamara, ya porque no se le ocultase el particular afecto que hacía él sentía gran parte del pueblo y nobleza castellanos y la mala voluntad con que seguían al rey Don Pedro, ya también porque quisiese vengar la muerte de su madre Doña Leonor, es lo cierto que penso en hacerse proclamar rey de Castilla. Para esto se puso de acuerdo con los reyes de Aragón y de Navarra, los cuales le prometieron su favor y cierto género de ayuda, bajo la expresa condición de que, una vez terminada la conquista, Don Enrique les había de conceder algunos territorios en su nuevo reino. Bien sea porque no le satisficiesen a éste las ofertas de los reyes citados, o ya para mejor asegurar el buen éxito de su empresa, es un hecho que Don Enrique llamó en su auxilio a las tropas asalariadas que se llamaban ingleses blancos, gente aventurera y forajida, las cuales, al mando de Dugueselín, habían guerreado en Francia hasta que se ajustaron las paces con Inglaterra. Treinta mil soldados, dice

un historiador, que entraron por Barcelona los primeros días del año 1366. Como no podía menos, llegó a oídos del rey Don Pedro, que se hallaba entonces en Sevilla, que su hermano Don Enrique se preparaba para hacerle la guerra, y partiendo inmediatamente a Burgos, reunió Cortes, en las cuales solicitó del Reino la ayuda necesaria para tomar la defensiva contra el poderoso enemigo que a pasos agigantados se le venía encima.

Una de las resoluciones adoptadas en el Consejo fue el inmediato derribo del convento e iglesia de la Santísima Trinidad de Burgos, levantados por el mismo San Juan de Mata y contiguos a la puerta de la ciudad que ahora se titula de San Gil. Tan violenta y hasta sacrilega determinación se quiso justificar diciendo que ambos edificios, por su elevación y construcción sólida, podían servir de baluarte al ejército enemigo, desde donde a poca costa, sería derribada gran parte de la ciudad.

Contigua, si bien independiente de la iglesia del convento, se hallaba una capilla titulada de la Magdalena, en la que se veneraba la «milagrosa imagen» y allí asistía frecuentemente una religiosa llamada María de Jesús, que desde muy temprana edad, había vestido el hábito de la Orden Trinitaria, la cual, además de practicar en dicha capilla sus ejercicios piadosos, entendía en el servicio de la lámpara que lucía delante del Santo Crucifijo y cuidaba de los enfermos de un pequeño hospital, que delante de dicho convento había. No estando comprendidas en aquella Orden draconiana más que el convento y su iglesia, nadie creyó que tan odiosa determinación se hiciese extensiva a la capilla de la Magdalena, así es que no se pensó en poner a salvo la joya preciosa que se guardaba en aquel sagrado recinto, permitiéndolo así Dios por sus altísimos fines, para mayor gloria suya, aumento del Culto y veneración del divino simulacro y en beneficio del pueblo creyente.

Sin embargo de esto, María de Jesús vió con indecible pena y sentimiento de su corazón, que los soldados y artífices que habían derribado el convento y la iglesia, se preparaban a emprenderla con la capilla de la Magdalena, por lo cual, poniéndose en oración fervorosa, suplicó al Santo Cristo que no consintiese el que fuese derribado también aquel sagrado lugar; mas, por entonces, no fue despachada favorablemente tan viva súplica, permitiendo el Cielo que se intentara el derribo de la expresada capilla.

Al ver la religiosa trinitaria que ya se habían encaramado en lo alto de la bóveda de la capilla algunos de los ejecutores del bárbaro decreto, con ánimo de llevarlo a cabo con la misma febril precipitación que la empleada con el monasterio e iglesia, y como última diligencia que le sugería su amor a la Santa Imagen, con lágrimas en los ojos, les rogó que de-

sistiesen de realizar aquella nueva profanación. Tampoco los hombres quisieron escuchar las sentidas súplicas de aquella piadosa mujer, antes por el contrario, advirtiéronle y no con formas corteses, del peligro que corría de quedar sepultada entre los escombros si no se retiraba, y comenzaron a derribar la bóveda de la capilla.

Este fue el momento señalado por Dios para hacer manifestación de su poder supremo e infinita misericordia, porque al romperse la bóveda de la capilla, una piedra desprendida de lo alto, dió un fuerte golpe en la cabeza de la Santa imagen y comenzó entonces a arrojar sangre, gota a gota.

La primera gota cayó en el muslo del Santísimo Cristo, donde aún se advierte la señal; y a vista de prodigio tan extraño, la religiosa, imitando el ejemplo de la piadosa Verónica, se quitó su tocado y lo colocó en lugar conveniente para que en él quedasen depositadas tan soberanas reliquias.

También es un hecho patente, admitido por todos los que han escrito acerca de esta materia y que no tiene, al menos explicación adecuada, el que una de las gotas de sangre quedase pendiente de la nariz de la Santa imagen, la cual permanece en la actualidad en la misma forma, después de haber pasado cinco siglos corridos desde que se verificó tan extraordinario suceso.

No fueron éstas las únicas maravillas que Dios obró en la ocasión de que se trata, sino que para manifestar su indignación contra los que por servir a su rey en la tierra se atrevieron a poner sus manos sacrílegas en la Casa del Señor y en la veneranda imagen de su Santísimo Hijo, en quien tiene puestas todas sus complacencias, permitió la Divina justicia que todos los que se habían ocupado en la obra destructiva, quedasen tullidos e inmóviles, sin poderse bajar del sitio en que se colocaron. Viéndose tan mal parados y comprendiendo que los males que deploraban no eran más que el justo y merecido castigo de su impía osadía y temerario arrojamiento, acudieron al mismo Crucifijo, al cual no tuvieron reparo alguno en ofender, rogándole que se dignase devolverles el perdido uso de sus miembros; y como Dios Nuestro Señor no desprecia nunca las súplicas del corazón contrito y humilde, haciendo uso de Su Infinita Misericordia y poder, les concedió la suspirada gracia.

Tal es el relato del hecho prodigioso que una tradición antiquísima recoge referente a esta santa imagen, que hoy se venera en la iglesia parroquial de San Gil, de esta ciudad, con el título del Santísimo Cristo de Burgos».

Y el benemérito sacerdote D. Gregorio Betolaza y Esparta, coadjutor que fue de la parroquia de San Gil, en las páginas 37 y 38 de su notable

obra titulada «Iglesia de San Gil de Burgos», editada y publicada el año 1914, dice, refiriéndose a este portentoso milagro, lo siguiente:

«No todos convienen en determinar el número de gotas de sangre que derramó el Santo Crucifijo; sin embargo, de ciertas escrituras y datos fehacientes que se conservan en este archivo parroquial, se desprende que fueron diez y seis las que cayeron en el citado lienzo, de las cuales seis se dieron a personas bien calificadas, por cierto, a saber: una, a la Princesa D.^a Juana; otra, a la Infanta D.^a Ana de Austria; otra, al Príncipe de España, después Felipe IV; otra, al Excmo. Sr. D. Guillermo de Moncada, Patrono del Convento de Trinitarias de Valencia, llamado de Nuestra Señora de los Remedios, para colocarla en aquel convento, donde la preciosa reliquia fue recibida con gran pompa y obró varios milagros. Finalmente, otra gota se dió a cada uno de los señores Condestables de Castilla y D. Francisco Gómez Sandoval, Duque de Lerma. La que fue regalada al Condestable se conserva al presente en su capilla de la Catedral, de esta ciudad.

Las restantes se conservan actualmente y con gran veneración, en un relicario de plata de esta iglesia parroquial; las mismas que por muchos años y no pocos siglos se custodiaron en el antiguo convento de la Santísima Trinidad, hoy de Capuchinos franceses.

Ignórase quién fue el artífice de tan admirable simulacro.

La altura del Crucifijo es la de un varón perfecto.

La cabeza se inclina hasta pegar con el pecho, no porque la tuviese así desde el principio, según refiere la tradición, sino a consecuencia del milagroso acontecimiento que acabamos de describir. De sus ojos se desprenden algunas lágrimas, y su rostro, aunque acardenalado por los innumerables golpes en él recibidos, conserva, no obstante, la regularidad y belleza de sus formas, y resalta en él una inefable tranquilidad y dulzura. La llaga del costado está tan naturalmente abierta y sus bordes tan frescos, que presentan toda la morbidez de la carne humana. Los pies tan heridos, que mueve a compasión el mirarlos, Las rodillas, tan sangrientas, que indican sus muchas caídas. Las manos, igualmente rotas y desangradas. La Cruz es un madero tosco y pesado. Todo él denota no tener más artificio que haberle cortado las ramas.

Tal es el detallado y exacto diseño de este milagroso Crucifijo, al ver el cual exclamó, poseído de admiración, el Rey D. Felipe II: «El que haya perdido la Fe, que venga aquí y la hallará» (Vega, crónica fol. 110).

Permanecieron las Santas Gotas del milagroso Crucifijo, que las derramó en el expresado Convento de la Santísima Trinidad, hasta la exclaustación de los Trinitarios, acaecida en 1836, en el cual año y primeros días del mes de febrero, se trasladaron a esta afortunada parroquia,

donde son, desde entonces, objeto predilecto de la gratitud y devoción de los fieles.

Pendiente de los muros de la iglesia hay varios cuadros de escaso mérito artístico, que hacen relación a la historia del Santo Crucifijo. Uno de ellos representa el suceso milagroso de que hemos hecho mención.

GUILLERMO AVILA

(Continuará)